

frir que se les hable de penitencias ni de mortificaciones. Pero ¿será muy semejante la eterna suerte de estos? Consulta cuanto antes con tu director lo que debes hacer en este particular. No des oídos á tu delicadeza, sino á tu conciencia, á tu religion y á tus necesidades; si eres inocente, la penitencia es la sal que preserva de la corrupcion; si eres pecador, la penitencia es el contraveneno del pecado.

.....

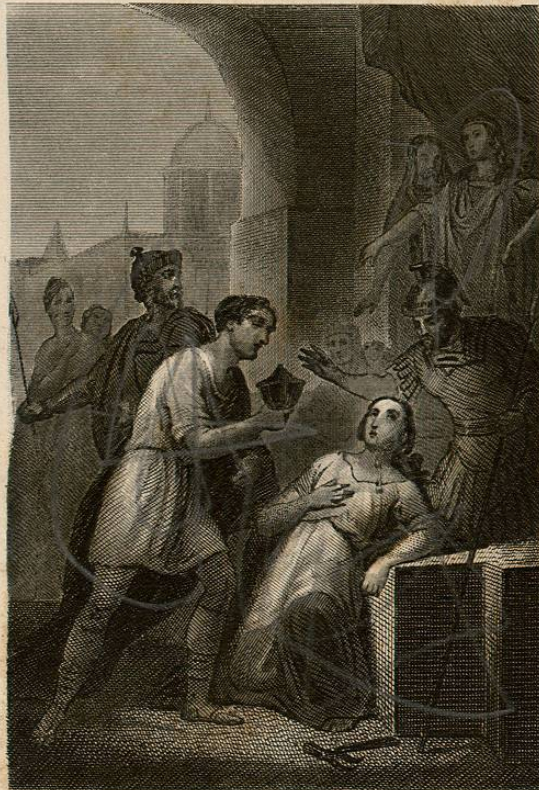
DIA VEINTE Y SIETE.

SANTA ANASTASIA, VIRGEN, Y SAN CIRILO, MÁRTIRES.

Despues de la muerte de Galo, que sucedió el año de 244, ascendió al imperio Valeriano, el cual se mostró muy favorable á los cristianos á los principios de su reinado, y tanto, que ninguno de sus predecesores los habia tratado con igual benignidad. Así en público como en particular les daba siempre señales de su singular afecto y cariñosa inclinacion; de manera que habia dentro de su mismo palacio tanta multitud de siervos de Dios, que mas parecia una iglesia que la corte de un emperador pagano; pero si fué tan extraordinaria para ellos esta blandura, no lo fué menos la cruel violencia con que despues los persiguió. Engañado el miserable principe por un egipcio que hacia profesion de mago, se dejó arrastrar á todo género de impiedades, no ofreciéndosele el menor reparo en sacrificar al demonio víctimas humanas. Era como consecuencia forzosa de esta sacrilega impiedad la persecucion de la Iglesia, por ser los cristianos los mayores y mas declarados enemigos de la magia,

T. 10.

P. 686.



STA ANASTASIA V.

Y S. CIRILO, MRS.



siendo pocos los que con el nombre solo de Jesucristo y con la señal de la cruz no disipasen, deshiciesen y aniquilasen todos los efectos y encantos del demonio. Irritado y animado el emperador por su abominable privado y confidente, que absolutamente le dominaba, excitó contra la Iglesia la persecucion mas cruel que hasta entonces habia experimentado. Comenzó esta persecucion el año de 247, y fué la octava que se levantó contra ella.

Entre la gran multitud de sagradas victimas que fueron sacrificadas á Jesucristo por este cruel tirano, una de las mas ilustres fué santa Anastasia. Habia nacido en Roma de padres cristianos, y de familia distinguida por su nobleza, pero mucho mas por su piedad. Criaronla sus padres con cuidado en los principios de la religion verdadera, aunque hubo poco que hacer en su educacion; porque, habiendo nacido la niña con inclinaciones naturalmente cristianas, ella misma prevenia muchas veces las piadosas lecciones que se le daban. Pero las virtudes que principalmente hacian su carácter eran la modestia, la devocion y el amor á la virginidad; pues, aunque era una de las mas hermosas damas que se celebraban en Roma, y aunque la brillantez de su despejado entendimiento añadia nuevo lustre á su hermosura, se reconoció desde su mas tierna infancia que no tomaba gusto á las vanidades del mundo, y nunca admitiria otro esposo que á Jesucristo. Pasó su primera juventud dentro de la casa de sus padres, continuamente retirada, invisible á los ojos de los hombres, y ocupada únicamente en el cuidado de hacerse agradable á los de Dios. Conseguiólo; y aquel Señor, que la habia escogido para formar en ella una de las mas amadas esposas suyas, enriqueció su alma con sus mas preciosos dones. Aprovechóse bien de ellos Anastasia; pues, abrasada toda en el fuego del divino amor, empleaba todo el

tiempo en continuos ejercicios de fervorosa virtud. Era la oracion su ocupacion principal; y como tomaba tanto gusto en el trato con Dios, ninguna cosa podia distraerla de él. Estaba reñida con todo género de ociosidad, y toda la labor que hacia la destinaba al servicio de los pobres, ó al adorno de los altares.

Muertos sus padres, solo pensó en buscar para esconderse algun otro mayor retiro. Habia en Roma cierta congregacion ó compañía de doncellas consagradas á Dios, las cuales vivian de comunidad en una especie de monasterio. Gobernábalas una superiora llamada Sofia, doncella de virtud sobresaliente, perfectamente instruida en los caminos del Señor, y dotada de extraordinaria prudencia. Renunció Anastasia todos sus bienes, con todas las grandes esperanzas que le prometian en el mundo sus brillantes prendas y noble nacimiento, y á los veinte años de su edad se fué á encerrar en aquella especie de convento, poniéndose para siempre bajo la direccion de tan santa superiora. Fué recibida en él como un rico presente con que el cielo la regalaba; pero al mismo tiempo como un depósito pasajero, que no habia de durarle mucho; porque su maestra y superiora sintió no sé qué secreto preuncio de que tan eminente virtud mereceria algun dia la corona del martirio. No fué necesario activar su fervor, sino moderarle; porque, atenta á desempeñar exactamente las mas menudas obligaciones del estado, en breve tiempo fué uno de los mas perfectos modelos de la vida religiosa. El abrasado amor que profesaba á Jesucristo, su celestial esposo, y la extrema ternura con que amaba á la Reina de las virgenes, aumentaban cada dia su alto concepto de la virginidad, y su ardiente deseo del martirio. Sin duda que, para disponerla mejor á esta duplicada palma, permitió Dios que fuese ejercitada en muchos y vigorosos combates. Llevaba con mucha impaciencia el demonio

tanta virtud en una tierna doncella en lo mas florido de su edad, dotada de tan singulares prendas, y sobre todo de aquella rara hermosura que con tanto esmero procuraba ella misma esconder, haciéndose invisible; por lo cual, aquel formidable enemigo de las castas esposas de Jesucristo puso en movimiento todas sus máquinas para derribarla. Sintióse asaltada de las mas furiosas tentaciones; alborotándose en su corazon unas violentas pasiones que no conocia la purisima doncella, y el tentador hizo cuanto pudo para vencerla, ó á lo menos para desalentarla; pero estos ataques solo sirvieron para hacerla mas aguerrida, disponiéndola Dios por estos combates interiores á mas ruidosas y mas ilustres victorias.

Habiéndose publicado los edictos del emperador Valeriano contra los cristianos, se desataron contra ellos los ministros idólatras como fieras encarnizadas y sedientas de su sangre, corriendo por todas partes para arrastrarlos al suplicio. Como Anastasia habia hecho en Roma tanto ruido, ya por su pública adhesion á la fe de Jesucristo, ya por su notoria ejemplarísima virtud, no podia menos de ser uno de los primeros objetos de su furor; y noticiosos de que estaba retirada en casa de la matrona Sofia, volaron allá para sacarla de ella. Acude al monasterio una tropa de gente perdida mandada por un oficial; fuerza las puertas, y á nombre del prefecto de Roma, llamado Probo, uno de los mas crueles enemigos del nombre cristiano, pide le sea entregada Anastasia. Informada Sofia de lo que pasaba, corre apresurada al cuarto de su querida discipula, y abrazándola tiernamente: *Ea, hija mia, le dice, ya llegó la hora en que te llama tu divino Esposo. Vé, inocente victima, vé á ser sacrificada por la gloria y por el amor de aquel que quiso primero ser sacrificado por tu amor en el ara de la cruz. Combate como generosa cristiana, y muéstrate digna de*

*esposo tan celestial.* No bien acabó de pronunciar estas palabras, cuando entraron aquellas furias del infierno; y arrebatando á la castísima doncella, la condujeron al palacio de Probo. Luego que este la vió, prendado de su singular hermosura, no menos que de su virginal modestia, lejos de mostrarse colérico ni airado, la trató con dulzura, con atencion y con respeto. Preguntóla luego por su nombre: *Llámome Anastasia,* respondió la santa, *y tengo la dicha de ser cristiana.* *Peor para tí,* replicó el juez; *esa profesion te perjudica, y ese solo borron desluce todas las prendas que brillan en tu persona. Aconséjote, hija mia, que, sin detenerte un punto á deliberar, renunciés una religion que atrae todo género de desdichas sobre aquellos infelices que la profesan. Tu modestia me ha encantado, y mucho mas tu hermosura: de mi cuenta corre tu fortuna; mereces sin duda ocupar uno de los primeros lugares en la ciudad y en la corte; ven conmigo al templo de Júpiter para ofrecerle sacrificio. Por lo demás, debo decirte que, si te resistes con terquedad y con imprudencia á obedecerme, bien puedes hacer el ánimo á sufrir los mas crueles tormentos.*

*Ya le tengo hecho,* respondió la santa, *y estoy resuelta á padecer cuánto hay que padecer por la gloria de mi Dios. Cristiana quiero ser aun á costa de mi vida: ni creas vanamente que me tienten tus promesas, ni que me espanten tus amenazas. El Dios todopoderoso á quien adoro, mi Señor y Señor tuyo, sabrá darme fuerzas para sufrir los mas horrorosos suplicios.* Aturdió á todos los circunstantes una respuesta tan animosa como poco esperada; pero irritó furiosamente al prefecto. Mandó que la abofeteasen, lo que se ejecutó con tanta crueldad, que quedó la santa bañada toda en sangre, y cargada de cadenas la encerraron en una cárcel. Saliale al rostro la alegría del corazon, al mismo tiempo que la sangre le corria de las narices; los

cardenales de sus mejillas y el peso de sus cadenas sacaban lágrimas de compasion aun á los mismos paganos. Como perseverase en confesar á Jesucristo, el prefecto, que por otra parte era de genio barbaro y cruel, mandó que la aplicasen á una horrible tortura, y que, mientras todos sus miembros fuesen dislocados con ella, le abrasasen los costados con hachas encendidas, suplicio espantoso que la santa toleró, no solo sin exhalar la mas minima queja, sino con una serenidad y un gozo que á todos llenó de admiracion. Habia dado orden el tirano á los verdugos de que se valiesen de toda su industria y de toda su inventiva para atormentar á la invencible mártir; y como vieron que ni el fuego ni la tortura hacian impresion en su invariable constancia, les ocurrió el pensamiento de arrancarle los pechos; y despues hicieron lo mismo con las uñas y con los dientes, que todos los hicieron saltar de la boca á martillazos, sin que en medio de tan horrorosa carniceria cesase Anastasia de bendecir y de cantar alabanzas al Señor. Naturalmente habia de espirar á violencia de tan crueles tormentos; pero el mismo que era absoluto dueño de su alma, sostenia milagrosamente su cuerpo, dandole fuerzas superiores á todos ellos; y con efecto, restituida á la cárcel, se halló de repente perfectamente sana de todas sus heridas.

Debiera convertirse el tirano á vista de tan palpable prodigio, si los tiranos se convirtieran. Noticioso del portento, é informado del desprecio con que la santa trataba á sus mentidas deidades, llamándolas dioses de metal, de piedra, de barro y de madera, mandó que le arrancasen la lengua. Sabiendo Anastasia la orden del prefecto, aprovechó todo el tiempo que precedió á la cruel ejecucion, empleándole en dar gracias á Dios públicamente por la merced que le hacia, y en cantar con voz mas esforzada sus divinas

alabanzas. Fué dolorosa la operacion, y salió de su boca un arroyo de sangre que tñió toda la ropa. Como la santa sintió que se iba desmayando, reparó en un cristiano llamado Cirilo que estaba cerca de ella, á quien rogó por señas que la socorriese con algunas gotas de agua. Hizolo así Cirilo, y esta generosa caridad le mereció la palma del martirio. Suplia Anastasia la falta de la lengua, levantando sin cesar las manos al cielo para bendecir mas y mas al Señor, pidiéndole que la asistiese hasta el último momento de su vida. Viendo esto el tirano, tuvo todavía la barbaridad de mandarle cortar las manos y los piés, despues de lo cual, habiéndole cortado la cabeza, adornada de tantas galas como suplicios, segun se explica el martirologio romano, voló á la gloria en busca de su celestial Esposo. Al mismo tiempo Cirilo, aquel caritativo cristiano que le habia dado el agua á ruego suyo, recibió la corona del martirio en premio de su caridad, habiéndole cortado la cabeza en el propio dia, que fué el 27 de octubre, hácia el año 249.

Refiere Surio que la virtuosa Sofia estuvo en oracion todo el tiempo que duró este combate de su querida discípula, y que, noticiosa de su glorioso triunfo, halló modo de apoderarse del santo cuerpo, que envolvió con veneracion en una tela; pero, como por su avanzada edad no tuviese fuerzas para llevarle, vió venir á dos hombres venerables que cargaron con él, y le enterraron fuera de la ciudad.

---

SAN VICENTE, SANTA SABINA Y SANTA CRISTETA,  
MÁRTIRES.

Entre los mas ilustres mártires de Jesucristo, que, en tiempo de las persecuciones gentílicas, dieron

pruebas de su valor y de su ardiente zelo por la defensa de la religion cristiana, son dignos de memoria eterna los tres insignes hermanos san Vicente, santa Sabina y santa Cristeta, los cuales fueron naturales, segun unos, de la villa de Talavera, sita en la provincia de Toledo, y segun otros, de Eborá en Portugal. Pero la diferencia de estas opiniones se concilia con saber que Talavera se llamó Eborá en la antigüedad, segun escriben varios autores nacionales.

Enviaron á España los emperadores Diocleciano y Maximiano en clase de presidente ó gobernador á Daciano, hombre bárbaro y cruel, con el perverso intento de extinguir, si pudiese, la religion y el nombre cristiano; á cuyo fin hizo todos cuantos esfuerzos y tentativas le fueron posibles. Despues que hubo sacrificado al furor de su saña innumerables victimas de inocentes cristianos en Barcelona, Zaragoza, Toledo y otros pueblos, dejando en todas partes por donde transitó horrosas señales de su barbarie, se presentó en Talavera esta fiera revestida de carne humana, haciendo por sí y por medio de sus ministros las mas exquisitas pesquisas en busca de los profesores del cristianismo, para obligarlos á sacrificar á los dioses romanos, ó hacerles sufrir de lo contrario los tormentos y penas mas inhumanas.

Brillaba á la sazón en Talavera un jóven llamado Vicente, educado en la religion cristiana, tan ejemplar y tan modesto, que servia de edificacion su conducta hasta á los mismos paganos. Preso por esta causa, le presentaron á Daciano, quien, viendo su compostura y su gallarda disposicion, fingiendo al parecer una falsa compasion, intentó pervertirle con halagos y caricias. Preguntóle qué secta profesaba; y sin turbarse, Vicente le respondió con valentia de espíritu, que la religion de Jesucristo, por cuyo nombre se llamaba cristiano. Y *qué*, siguió el presidente:

*¿adoras por Dios á un hombre que por sus delitos crucificaron los judtos? Calla,* replicó entonces el santo, *no vituperes á quien debias venerar si no estuvieras endemoniado.* Disimuló la injuria por entonces Daciano, lisonjeándose que rendiria en juicio al jóven Vicente continuando el interrogatorio con blandura; y siguiendo esta idea, le dijo: *Perdono á tu juventud esas libertades, pues conozco que no has llegado á edad de una prudencia cabal, por lo que te debo aconsejar que me oigas como á padre, y como tal te ordeno que sacrifiques á los dioses imperiales.* A lo que satisfizo Vicente: *Careceria de sólido entendimiento si, menospreciando al Dios verdadero que crió el cielo, formó la tierra, penetró los abismos y ciñió los mares, diese culto á los falsos dioses de leño y piedra, representados en las estatuas vanas. Pues ¿quién es el Dios que hizo esas maravillas,* replicó el tirano, *sino Jupiter? Jupiter,* respondió Vicente, *fué un hombre inútil, cuyas maldades y torpezas publican vuestros mismos libros; pero mi Dios es santo é inmaculado, uno en esencia y trino en personas, quien por su infinito poder y suma bondad hizo las obras admirables que en el cielo y en la tierra vemos y sabemos; las cuales por todas partes testifican su divinidad.*

Encendido Daciano en un furor extraordinario al oír las concluyentes respuestas de nuestro santo, mudando de tono, le dijo: *Es cosa indigna para mí cuestionar á un jóven bisoño; y puesto que no obedeces á mis mandatos, eres indigno de que oiga tus razones. Lo que de tu Dios puedes hablarme ya lo tengo oído de otros fanaticos, tan ciegos, tan perdidos y tan destemplados como tú. Así debes consultar á tu edad, y dar á otros ejemplo. Sacrifica luego al gran Dios Jupiter. Sacrificate tu,* respondió Vicente, *pues has de caer con él en el fuego eterno del infierno, que está preparado para el demonio y sus secuaces.*

No pudiendo ya sufrir Daciano el desprecio que el valeroso jóven hacia de su autoridad y de sus amenazas, levantando la voz en tono descomedido, dijo á sus ministros: *Apartad de mi vista, y retirad de mi presencia á ese mancebo sacrilego, y notificadle el edicto publicado, para que, ó sacrifique á Jupiter, ó sea condenado en el mismo lugar que lo resista á una muerte infame, acompañada de crueles tormentos.* Condujéronle los ministros á una de las plazas de Talavera para que se ejecutase el sacrificio ordenado. Pero apenas puso el santo jóven los piés en la piedra del ara de aquel falso dios cuando, convirtiéndose su dureza en una blandura maravillosa, quedaron en ella impresas sus plantas como en blanda cera; de cuyo prodigio pasmados los ministros gentiles, reconociendo que ninguno de sus dioses obraba maravillas semejantes, no pudieron menos de confesar que era el verdadero el Dios que adoraba Vicente; por lo que, suspendiendo la ejecucion con deseo de librarle de la muerte, pretextaron á Daciano que pedia el jóven el término de tres dias para deliberar. Le fueron concedidos, guardándole en el interin en una casa particular.

Puesto el santo en aquella prision, concurrieron á visitarle muchos fieles y paganos, de los que convirtió á no pocos á la le de Jesucristo en virtud de sus vivas persuasiones, desenganándolos de los delirios y necedades que, en las supersticiones gentílicas, adoptaba la idolatría contra todo lo que dicta la razon. Pasaron tambien á verle sus hermanas Sabina y Criseta, y le hicieron presente el desamparo en que quedaban, á fin de inclinarle á que huyese de la cárcel. *Ya ves,* le decian bañadas en tiernas lágrimas, *nuestra soledad; huérfanas de padre y madre, sin mas amparo que el tuyo, si este nos falta, ¿quién defenderá nuestra pureza del furor de los bárbaros? ¿quién forta-*

*lecerá nuestro ánimo? Oye nuestras súplicas, y sal de la prision.*

Rendido Vicente á las lágrimas y á los ruegos de sus hermanas, valiéndose de la oportunidad que le ofrecieron los guardias de la cárcel, se ausentó una noche con Sabina y Cristeta tan aceleradamente, que, aunque despachó tras ellos sus ministros Daciano á marcha precipitada, no pudieron alcanzarlos hasta la ciudad de Avila. Habiéndolos preso, los sacaron fuera de las puertas de la ciudad; y extendiendo á cada uno en su potro, los azotaron con la mayor crueldad, y descoyuntaron sus miembros á fuerza de exquisitos tormentos. Pero como los tres santos no cesaban de alabar á Dios en el suplicio, llenos de alegría porque se consideraban dignos de padecer por amor de Jesucristo, irritados los bárbaros á vista de su constancia, pusieron las cabezas de los santos sobre unas piedras, y con otras y con palos les dieron tan recios golpes, que saltaron los sesos por varias partes. Por medio de este castigo inhumano lograron los héroes la apetecida corona del martirio en el día 27 de octubre del año 303 ó 304.

Dejaron los verdugos en el suelo los venerables cuerpos de los tres ilustres mártires con el perverso fin de que fuesen pasto de las fieras; pero manifestando Dios su visible proteccion en favor de aquellos apreciables cadáveres, dispuso que para defenderlos de todo insulto saliese de entre las breñas una serpiente formidable que causaba muchos estragos en las inmediaciones de Avila. A este prodigio se siguió otro no menos maravilloso, y fué que, queriendo un judío poderoso de la ciudad insultar las sagradas reliquias, apenas llegó donde estaban cuando se enroscó á su cuerpo la serpiente apretándole con tanta fuerza, que le puso en términos de espirar, y manteniéndose por espacio de una hora con silbidos espantosos en ade-

man de devorarle, hasta que, conociendo el judío ser aquel un visible castigo del cielo por su perfidia, prometió á Jesucristo que, si le salvaba del peligro, abrazaria la fe, y daria sepultura á los cuerpos de los mártires. Dejóle al punto la serpiente que jamás se volvió á ver; y él cumplió sin tardanza su promesa: recibió el baustimo, y acompañado de otros cristianos, practicó el piadoso oficio prometido. Despues erigió un templo magnifico en honor de los santos sobre su sepulcro, al que quiso el Señor hacer célebre por medio de una multitud de prodigios en favor de los que concurrían á tributarles los debidos obsequios, y á implorar su patrocinio. Fué tenido por tan célebre, que, siguiendo muchos fieles la práctica de jurar sobre los sepuleros de los insignes mártires y santos, lo ejecutaron sobre el de san Vicente. Los reves católicos don Fernando y doña Isabel prohibieron en las cortes de Toro semejante costumbre por los perjurios que de ella resultaban; cuya prohibicion se lee en, una de las leyes de la Recopilacion en estos términos: *Otrosí mandamos, que ningun juramento, aunque el juez lo mande hacer, ó la parte lo pida, se haga en San Vicente de Avila, ni en el herrojo de santa Agueda, ni sobre el altar, ni cuerpo santo, ni sobre las reliquias del cuerpo de san Isidro de Leon, ni en otra iglesia juradera, etc.*

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

La vigilia de los apóstoles san Simon y san Judas. En Avila de España, el martirio de san Vicente, santa Sabina y santa Cristeta, quienes fueron primero extendidos en el potro hasta descoyuntarles sus miembros; luego les hicieron pedazos las cabezas sobre unas piedras á garrotazos hasta hacerles saltar los

sesos; y terminaron así su martirio por las malas artes del presidente Daciano.

En Trecastillo, san Florente, mártir.

En Capadocia, santa Capitolina y santa Eroteida, su sirvienta, mártires, que padecieron en tiempo de Diocleciano.

En las Indias, san Frumencio, obispo, que estuvo allí primero cautivo, luego habiendo sido consagrado obispo por san Atanasio, propagó el Evangelio en aquella region.

En Etiopia, san Elesbaan, rey, quien, despues de haber vencido á los enemigos de Jesucristo, envió su real diadema á Jerusalem; y profesando la vida monástica en tiempo del emperador Justino, como lo habia prometido con voto, rindió su alma á Dios.

En la diócesis de Toul, san Eucario, venerado como obispo y mártir en el mismo lugar.

En el Limosin, san Justo, discipulo de san Hilario, cuyo nombre tiene una aldea.

En Bretaña, san Alorio, obispo de Quimper, sucesor de san Guenegan.

En Auxerre, san Didier, obispo.

En la Barra, diócesis de Strasburgo, el martirio de un cura párroco.

En Gevaudan, el martirio del cónsul de Ners, sacrificado por los herejes.

En Pola de Istria, san Fior, obispo de Emonia.

Este mismo día, el tránsito de san Abraham el solitario, tio de santa María la Penitente.

En Irlanda, san Abaino, abad, discipulo de san Yvoro.

En la misma isla, san Macduaco, solitario.

En Palestina, san Estéban, el poeta.

*La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente:*

Deus, qui inter cætera potentia tuæ miracula, etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti; concede propitius, ut qui beatae Anastasiae, virginis et martyris tuæ natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum..

O Dios, que entre las otras maravillas de tu poder diste fuerzas aun al sexo mas frágil para conseguir la corona del martirio; danos gracia para que caminemos á tí imitando los ejemplos de tu vírgen y mártir santa Anastasia, cuya fiesta celebramos. Por nuestro Señor Jesucristo.

*La epístola es del cap. 51 del libro de la Sabiduría.*

Domine Deus meus, exaltasti super terram habitationem meam, et pro morte defluente deprecata sum. Invocavi Dominum, patrem Domini mei ut non derelinquat me in die tribulationis meæ et in tempore superborum sine adjutorio. Laudabo nomen tuum assidue, et collaudabo illum in confessione, et exalta est oratio mea. Et liberasti me de perditione, et eripuisti me de tempore iniquo. Propterea confitebor, et laudem dicam tibi, Domine Deus noster.

Señor Dios mio, ensalzaste mi habitacion sobre la tierra; y yo te rogué por la muerte que todo lo destruye. Invoqué al Señor, padre de mi Señor, para que no me deje sin socorro en el día de mi tribulacion, y en el tiempo que dominan los soberbios. Alabaré continuamente tu nombre, y le celebraré con hacimientos de gracias, porque mi oracion fué oida; y me liberaste de la perdicion, y me salvaste del tiempo inicuo. Por todo esto te daré gracias, diré tus alabanzas, y bendecire el nombre del Señor.